

OTRAS RAZONES

MITOLOGÍA DE LA AUTODETERMINACIÓN

El peregrino derecho a la autodeterminación de una parte del territorio nacional heredado milenariamente forma parte de un mito antropológico de enorme transcendencia política y alcance histórico, el mito de la «autochthonía». Consiste en la creencia de la existencia de individuos que han nacido de la misma tierra («chthōn») en la que habitan. Este mito no sólo justificó la autodeterminación de algunas comunidades del Mundo Antiguo, sino que fue también la coartada para justificar la libertad de unos (los «autochthones») frente a la esclavitud, dependencia, inoble prosapia o baja clase social de otros.

Así, Lisias, en su *Discurso Fúnebre*, 17-18, e Isócrates, en su *Panegírico*, 24-25 (diciendo prácticamente lo mismo que el meteco Lisias), acreditan la «epikrátēsis» o superioridad de Atenas en relación con las otras póleis griegas debido a su *autochthonía*. «Es nuestro origen tan noble y esclarecido que —como autóctonos que somos— la misma tierra que nos produjo, esa misma es la que en todo tiempo hemos poseído, y a la que podemos dar los mismos nombres que damos aquellas personas que nos son más próximas y allegadas, siendo nosotros solos entre todos los griegos los que podemos dar a una misma pólis los nombres de nutriz, de patria y de madre». ¿Qué mayor autodeterminación tienen aquellos habitantes que «nombran» un territorio como hijos biológicos que del mismo son?

Esta misma razón mítica de superioridad del mismo pueblo autóctono sobre los que no lo son la encontramos en boca de Pericles en su segundo discurso de la obra *Tucididea* (Tuc. 2.36.1), así como en los embajadores atenienses que Heródoto nos presenta (Hdt. 7.161.3), absolutamente renuentes a ceder su escuadra a los siracusanos, «vagabundos en busca de nuevas colonias». Ahora bien, Tucídides es el primer ateniense que advierte que la *autochthonía* puede ser sencillamente el resultado de la infertilidad del suelo o de enormes carencias: Atenas es tan pobre por sí misma que nadie más ha querido habitarla. ¡Hermosa crítica al nacionalismo miserable que valora lo que la Historia desprecia! (Tuc. 1.2.5). Aristófanes evoca también el mito de la *autochthonía* en *Avispas*, vv.1075-80, no sin cierto cachondeo e ironía: la manía de pleitear es también autóctona. Es el fétido pedo que si es nacional huele bien. Finalmente, Jenofonte, en sus *Memorables*, nos presenta a un Sócrates demasiado vulgar y orgulloso de la *autochthonía* ática. Extraña cosa ésta que representa una de las grandes estupideces del angelical Sócrates, y que desdora un tanto su moralidad universalista —y su penetrante inteligencia, claro— (Jen. Mem. 3.5.12). Pero si Sócrates creyó en que la *autochthonía* era un bien, ¿cómo no van a creer en la autodeterminación intelectuales más bajitos?

En efecto, me recuerda el mejor pensador político español en la actualidad, Antonio García-Trevijano, que la idea de finales del siglo XIX de la autodeterminación, nació en la IIª Internacional Socialista, con sede permanente en Bruselas, y yo creo que no hubiese brotado en ninguna cabeza si previa-



mente no hubiese existido la idea mítica de ciertos habitantes sedicentes de algunos territorios fueron los primeros propietarios de los mismos, y que, por tanto, de acuerdo al más arcaico derecho de propiedad nadie les pueden impedir que se constituyan en Estado nacional, separándose a su vez del Estado nacional del que en ese momento eran parte integrante.

Ahora bien, el derecho a la autodeterminación, tanto individual como colectiva, no sólo es absolutamente imposible porque se asiente en una idea mítica, sino porque hasta los mejores pensadores que en este siglo lo han defendido (v. gr. Isaiah Berlin, Herbert Marcuse, Karl Popper y John Rawls) han señalado tantas condiciones previas e hipotéticas para su efectivo ejercicio que «de facto» tal derecho forma parte de los grandes *adynata* políticos contemporáneos. No existen ni han existido hombres y naciones cuyo destino no dependa de otros hombres y otras naciones. Ni el país hoy, goza de la autodeterminación. Cuanto más los que por estos pagos...

Miguel-Martín RUBIO ESTEBAN

EL DÍA DE LAS FAS

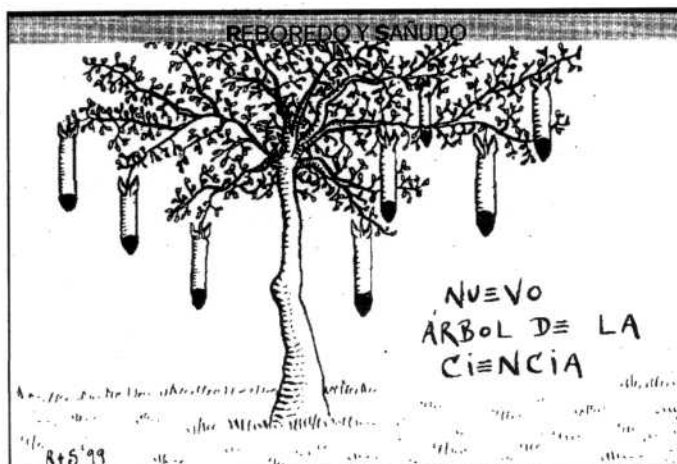
Lo que son las cosas. Con lo contentos que estaban los asesores del ministro de Defensa con la marcha de las cosas en plena guerra de los Balcanes y, ahora, resulta que han podido pasarse de listos. Poco les ha durado la miel del éxito.

La estrategia ha sido la de un «perfil de baja intensidad» para lo militar. Juan Bravo veía en las noticias de Bruselas a los portavoces militares dando explicaciones sobre bombas y errores. Y en los periódicos extranjeros sesudos análisis y entrevistas con mandos militares, al igual que en las cadenas de televisión vía satélite. Pero en España, con muy raras excepciones, los militares han brillado por su ausencia, y han sido oficiales en la reserva quienes, vesti-

dos de paisano, han dado su opinión sobre el ataque de la OTAN. Sólo se habla de las labores humanitarias.

Tan bien les han salido las cosas a los asesores que pocos recuerdan que hay aviones españoles bombardeando Yugoslavia. Piensan en Defensa que se acerca el día de las Fuerzas Armadas y con él el dilema: ¿baja intensidad para día tan señalado? ¿Debe pasar inadvertida la fecha? ¿Para qué sirve entonces? ¿Habrá que llevar los actos a zonas de «bajo perfil» como, por ejemplo, la isla de Cabrera...? A ver si hay suerte y, para entonces, se ha firmado ya la paz...

Juan BRAVO



1999



Esta vez la realidad ha superado a la imaginación. De vivir en nuestro día George Orwell se habría suicidado. Por mucho que en las primeras décadas de nuestro siglo uno intentara soñar —los sueños y humillados, entre el estupor, la náusea y la impotencia. Termina el siglo más cruel de la Historia, el siglo que algunos denominan de la gran revolución científica y técnica. Algunos: los que nunca hablan de los seres humanos. Termina con el poder omnímodo de un país: Estados Unidos de América, que se distancia de un plumazo, enterándose de aquella organización de Naciones Unidas creada para reorganizar y vigilar la paz mundial: la gran ilusión de un nuevo orden de respeto a los derechos humanos y equilibrio entre las potencias que impidiese una nueva conflagración bélica. El poder global ha dado una vuelta de tuerca en la última reunión de la OTAN. Ni OEA, ni ONU, ni más disfraces, tutelajes, excusas: el mundo es suyo y de sus dóciles aliados. ¿Quién puede oponerse a los dictados de quienes imponen sus leyes sobre la

economía, la política y la cultura? en el mundo? Se termina así con la posibilidad de que impere —aunque siempre fuese vulnerado—, un Derecho Internacional: recordemos de todas formas. Corea, Vietnam, Guatemala, Panamá, Palestina, por

no hablar de los Chile, otros lugares de Asia y África, preparados y adiestrados para romper su ordenamiento democrático desde los centros subversivos de las Américas que controlan los servicios especiales norteamericanos.

La ley de la selva es siempre la ley del más fuerte. El león de la metro ya no ruge en las pantallas de cine: ruge sobre los pueblos del mundo. Así, en este abril de 1999, se ha santificado «la extensión de las zonas de actuación militar fuera de las fronteras europeas». No hay alambradas para el amo: éste pasea su rifle sobre todos los Continentes, autofirmándose, imponiendo el control sobre las «operaciones fuera de zona», «operaciones de seguridad» denominada, para combatir, siempre desde su peculiar y exclusiva visión, lo que considera «terrorismo» —nunca por ejemplo el que practican sus Dictadores —Hijos de Puta— particulares, en preciosa definición de uno de sus Presidentes— «sabotaje, crimen organizado y los problemas de abastecimiento de recursos vitales».

Este punto es especialmente significativo: en aras de defender sus recursos, puede considerarse que desde el petróleo a los diamantes, las comunicaciones o la fuerza del trabajo, es decir, los recursos humanos, entrarían en su tutela y en su posible intervención.

1999: el Gran Hermano ha dictado su ley sobre todos los pueblos del mundo, sus súbditos. En la guerra y en la información. En la explotación de las riquezas que aún no han sido explotadas y en el ordenamiento de las conciencias, de la moral y de las costumbres. Ha conseguido, en 1999, que se reconozca por sus vasallos su derecho a intervenir unilateralmente donde desee, sin que deba excusarse en ninguna otra ley internacional, sin tener que justificarse ante ningún otro Tribunal de Organismos Internacionales que no existen ya más que sobre el papel: sus razones prevalecen sobre las de cualquier ordenamiento jurídico, Consejos de Seguridad de Naciones Unidas que quedan reducidas a memoria, festejo y paulatina extinción. Ya no se dice en nuestros días, tras estos días de abril de 1999: «El Estado soy yo». Ahora ante el espejo, la bandera de las barras y las estrellas escribe: «El Mundo soy yo».

Preguntado Juan de Mairena por A. Cosme, tal como me recuerda mi amigo el poeta Carlos Álvarez, qué pasaría si una gran nación insistiera en comerse a otra pequeña, respondió el profesor de gimnasia mental: entonces, las otras grandes naciones le ordenarían que se la coma. Pero en nombre de todas. Machado murió hace setenta años. Los escritores de hoy, en su inmensa mayoría, a diferencia de él, juegan, en el pensamiento, la crítica, la reflexión y la propia creación, también el papel de esas grandes naciones ante el señor del rifle y la horca.

1999: George Orwell puede ya descansar en paz. Las formas totalitarias del Estado que él describiera han sobrepasado su capacidad fabuladora. El nuevo orden mundial ha estallado, para siempre, sus apocalípticas profecías.

Andrés SOREL